



El hormiguero

Nunca pensé que después de un invierno tan duro, a la primavera siguiente me volvería a encontrar en ese sitio a la vez tan raro y deseado.

Al final del verano estaba paseando por el jardín de casa. El hormiguero de todos los años se encontraba en su apogeo. Era un minúsculo agujero, rodeado de un pequeño volcán o montículo de tierra, que éstos insectos habían construido con lo excavado de las galerías y de la comida desechada.

La larga fila india de hormigas que entraban y salían del hoyo se perdía más allá de mi propiedad.

Me eché al suelo pára poder observárlas mejór. La colúmna, a véces la formában úna o dos de éstas fílas, en ámbas direcciónes, dependiéndodo de la dificultád del terréno.

Como ocurre con los séres humanos, había hormígas de variáda eficiéncia. Désde las que cargában voluminósas y apetitósas semíllas hácia el agujéro, hásta las que, incomprensíblemente, portában piédras incomedíbles o buéna comída en direccióón contrária.

Las forzúdas llevában enórmes trózos de materiál póco aprovecháble. Al llegar a la entráda, se dában cuénta de que no cabía lo llevádo, y lo íban acumuládo en el elevádo volcán cerca del agujéro. Las que cargában lárgos pálos me enfurecían. Y finalménte las listas, regresában sin llevár náda. Curiósamente, nádie protestába. Éso sí, tódas siémpre en movimiéto. Núnca vi úna sentáda, descansádo o paráda. A véces, la lárga y cási perfécta línea récta, se curvába sin explicacióón lógica, haciéndo según mi entendér el recorrido, innecesáriamente más lárgo.

Estába concentráda en éstas meditacióones cuando vi sóbre el suelo úna sómbrá que me

cubría. Pensé que éra mi espóso que venía a buscárme. Íba a girárme, péro algo sóbre mí, ¿un pié?, me lo impidió. Me sentí aferráda fuértemente por la cintúra y eleváda vários métros sóbre el suélo.

No éran únos brázos humanos los que me sujetában. No podrían habérme alzádo hásta ésa altúra. Al finál lo púde entender. Éran dos mandíbulas enórmes las que me tenían atrapáda. Cási no podía respirár, sin embárgo no me apretában lo suficiénte como pára partírme en dos, ni siquiéra pára herírme. Traté de zafárme, me dolía múcho. Si yo forzába, «éso, *lo que fuése*» apretába un póco más. Dejé de movérme, entónces, «éso» aflojó la tensión y púde respirár mejór. Mensáje recibído, si no quería sufrír, debía portárme bién. Paró de caminá, dándome tiémpo pára tranquilizárme. Lloré. El tiémpo háce que asúmas tu situación, y trátes de entender lo que está pasádo.

Miré hácia abájo. Por la sómbra, vi lo que me tenía sujéta, úna enórme hormíga, y yo éra su présa. Grité. Y grité más, cuando vi las hormígas del suélo acercárse y haciéndose más grándes, priméro del tamaño de ránas, luégo cási conéjos y que se aproximában. No, no, no éra éso, éramos

nosótras los que nos hacíamos más pequeñas y nos acercábamos al suelo.

Al final, la hormiga que me acarreaba se colocó en la fila, como si llevase comida. Al ser casi tan alta como ellas, algunas veces tocaba el suelo con mis pies. Qué desmesurada fuerza debía tener ese animal para poder llevarme. Yo apoyaba mis brazos sobre la mandíbula. Así, la presión sobre la cintura no era tanta. La que me llevaba, procuraba no hacerme daño con las piedras del camino. Esto me hizo deducir que no me necesitaba como alimento. Entonces, ¿para qué?

Al rato vi el volcán, me horroricé. No, yo no quería ir allí, yo no quería entrar en ese agujero. Dios, ¿qué me estaba pasando? Qué sueño tan terrible estaba teniendo. ¡Necesitaba escapar!

Escaló el montículo, me hirió con alguna piedra o rama. Cambió la dirección de la escalada, así lo pudo sortear mejor. Allí estaba la entrada a la oscura cueva, a su colonia. Cerré los ojos y lloré otra vez. Se inició la nada, la total negrura. Habíamos entrado en el agujero. ¿Cómo podían ellas ver por dónde iban en esa oscuridad?

No sé cuánto tiempo estuvimos avanzando. Pronto me di cuenta de algo. ¡No lo podía creer! Empezaba a distinguir objetos, me estaba acostumbrando a la oscuridad. ¡Qué estupidez estaba diciendo! Como si esto fuese una mina iluminada, o de material fosforescente, o unos túneles de autopista.

No es que pudiese ver colores, lo observado carecía de definición o nitidez, a pesar de ello apreciaba movimientos y figuras. Podía intuir las hormigas con las que nos cruzábamos, algo de las paredes, sobre todo los huevos o larvas que algunas obreras llevaban, éstos, al ser blancos, eran más visibles que todo lo demás.

¿Cómo era esto posible? Cómo podían ver ellas, a pleno sol y también en la más profunda oscuridad. Lo desconocía. Sin embargo, yo también podía.

Estaba claro, estábamos recorriendo su inmensa colonia, una gran cueva plagada de túneles, el *Laberinto del Minotáuro*. Pero yo no tenía un hilo para ir desenrollando en el caso de poder escapar.

El calor se estaba haciendo insufrible.

Las hormigas que nos precedían se quedaban o desviaban en diferentes puntos. Ya no teníamos ninguna delante de nosotros, aun así, seguimos bajando.

Entramos en un recinto muy amplio, allí me soltó. Se giró, me miró un momento y desapareció. Permanecí un rato en el suelo recuperando la respiración. Me dolía mucho la cintura.

Al fondo vi figuras moviéndose. Me aproximé. No pude evitar un nuevo estallido de horror. Eran humanos de todas las edades, desnudos. O por el calor, a medio vestir. Iban girando alrededor de unos enormes sacos blancos. Me acerqué a ellos. Les hablé, no respondieron, ni me miraron.

Recibí un duro golpe en la espalda. Miré hacia atrás, vi a otra hormiga que me empujaba hacia los objetos blancos, entonces los vi. Eran pulgones domesticados por las hormigas y miles de sus huevos. Los humanos los estaban «ordeñando». Se acercaban a ellos, tocaban su cuerpo a modo de ubres, de su parte trasera salía un líquido transparente y espeso, una melaza. Lo recogían con sus manos y lo llevaban a un gran agujero en el suelo en donde se almacenaba. Me pareció

increíble comprobár, que no sólo los humanos tiénen a su servicio ótros animales domesticádos.

Recordé (de mis cursos de zoología práctica en la escuela), que las hormigas tiénen una Simbiosis Mutualista con los pulgones. Éllas los pastoréan y protégen de ótros animales, y éellos compénsan pagándo con su miel. Algunas especiés de hormigas protégen los huévos de pulgones de los rigóres del inviérno déntro del agujéro. Las obréras mantiénen a los inséctos sóbre las plántas del exterior, y allí cómen su meláza.

¿Qué estában haciéndo éstos pulgones aquí, déntro de la cuéva?, no éra su situación natural.

Péro lo nuéstro, quedába cláro, éramos los esclávos de las hormigas. Éllas debían ser las que hiciésen éste trabájo, no nosótro. ¿Cómo habían lográdo reducír el tamaño de las persónas?, ¿cómo habían conseguído que hiciésemos éste trabájo? ¿Por qué y pára qué? Recibí ótro empujón. El tiémpo concedído por la hormiga pára aprendér mi nuévo ofício se había acabádo. Me cogió por la cinturá y me acercó a los pulgones. Éra evidénte lo que quería.

Comencé mi nuevo trabajo imitando a los demás. Adopté la misma actitud de los esclavos, cuando comprenden su triste destino ante la imposibilidad de cambiarlo. La sumisión. Sentí que estaba pagando o compensando por los siglos de esclavitud que nosotros los humanos habíamos aplicado a otras especies animales, y lo más triste, también a los de nuestra propia raza.

¿Cuánto tiempo tardaría en convertirme en uno de ellos, en un Zómbi de las cavernas? Qué producía este estado en mis compañeros. ¿Años de confinamiento, el calor? ¿La alimentación? Al decirlo lo noté, tenía hambre, mucha hambre y sed.

El agua manaba de las húmedas paredes. Para comer, pronto descubrí la solución. Una mujer se puso en la boca un poco de lo extraído de los pulgones. Lo probé. Dulce, muy dulce. Lo comí. Así comprendí, para qué servían unos cuantos de esos bichos dentro del agujero. Para alimentarnos. Los pulgones, mientras estaban en el hormiguero, se nutrían chupando las raíces, que hasta esta sala llegaban desde el exterior en grandes cantidades.

* * *

La vida se volvió rutinaria. A veces una o varias hormigas atrapaban a algunos de nosotros con las

mandíbulas y nos llevában a transportár huévos en ótra galería. Ótras véces íbamos a la sála de la Réina a retirár basúra, y en ocasiones a ponér órden en los almacénes de comída.



Observé. Algúnos de los «esclávos» habían aprendído los deséos de los guardiánes y les seguían sin necesidád de ser transportádos con las mandíbulas. Yo también aprendí. A pesár del cuidádo que las hormígas ponían en el trasládo, frecuéntemente recibíamos gólpes cóntro las parédes. El dolór ocasionádo por las mandíbulas sóbre la cintúra, hacía que prefiriése caminá, a pesár de ir descálza.

También observé: cáda día veía mejór; la naturaléza es sábia.

* * *

Un día, estando trabajándo en la guardería de huévos, larvas y crías (el trabajo más duro de todo el hormiguero), por el calor insoportable y la humedad, y además porque había que prestar mucha atención a los pequeños. De pronto, se acercó una hormiguita, indicándome con gestos, que debía volver a mi sala habitual. Casi reí, era tan pequeña. Yo, estando tan cansada y pensando que, bueno los menores en algún momento tienen que aprender a trabajar, la seguí.

Fuimos caminando. A la mitad del trayecto me introdujo en una galería lateral. Era muy reducida, el suelo estaba cubierto de mullidos materiales, plumas, paja, hilos y desechos de viejas telas. Al lado había un cazo (la cáscara de media avellana), con algo de color amarillo. Lo probé. Miel, ¡Miel verdadera! Al lado, un grano de granada que relucía como un rubí, y alguna cosa más. ¡Qué bueno estaba todo!

Me giré, ella se había situado bloqueando la entrada en posición de guardia. No podía creer tanta bondad, ni tampoco acabar tanta comida, era demasiada. Luego, no dudé en acostarme, no iba a despreciar tan tremendo lujo. No sé cuánto dormí. Era la primera vez que lo hacía sobre algo tan suave. ¿Quién era esa hormiguita?

Al despertár la vi, no se había movído. Me levanté, cogí el résto de la miél, le rasqué la cabéza, ronroneó y salí. Me siguió como un fiél animál de compañía, aparéntando ser un gran guardián y buén acompañánte.

Al ver que entrába en mi sála, se fué. ¿Quién sería éste ángel protectór?, Volví a reír, me pareció que habíamos tenído úna cita.

Me quedé mirándolo con cariño miéntas se alejába. Temblé, me estába dándo cuénta, que tódo ésto, me comenzába a gustár.

* * *

Algúnos moméntos los pasábamos sin ser vigiládos por las hormígas. Supóngo cuando coincidía con las hóras noctúrnas o en el períódo de su salida a comér o a buscár comída. Entónces aprovechábamos pára descansár, disponíamos de pócos sítios pára hacérlo, el suélo, o escondídos éntre los míles de huévos de los pulgónes. No sabía si trabajábamos miéntas dormíamos o dormíamos miéntas trabajábamos.

* * *

Lo más desesperánte éra que, además de la vigiláncia: de cuando en cuando, venían ótras

hormigas a «robár» nuéstro dulce. Éra divertido ver como cualquiera de nosotros las podía espantar. Lo debían saber. Lo que estaban haciendo no estaba permitido. En cambio, alguna vez aparecía una hormiguíta y yo la dejaba comer. Si no estaba cansada, hasta se lo daba con mis manos, mientras ella se dejaba acariciar.

* * *

Un día, «amiguíta» se asomó a la puerta de la sala, yo, haciéndome la despistada la seguí. Me llevó a un sitio poco transitado del hormiguero. Se trataba de un agujero estrecho al final de una galería. Se metió dentro. Tuve que echarme al suelo y arrastrarme para poderla seguir. No recorrimos mucho tramo, el agujero se había acabado. Con las patas arrancó algo de tierra, lo cual hizo más largo el túnel.

Fué retrocediendo y retirando esa tierra hasta el inicio. Lo entendí. Estaba construyendo un pasadizo para escapar. ¿Para quién era?, ¿lo necesitaba ella?, quizás. ¿Para mí?, probable, o para los dos, ¡qué genialidad! Escapar y llevármela o ella a mí. ¿A dónde apuntaba ese agujero, o, cuánto tardaría en acabarlo? No lo sabía, y ella no lo podía explicar. Me llevó allí varias veces, el túnel era cada vez más profundo.

¡Qué extraño era todo! ¿Cómo habían aprendido las hormigas a hacernos trabajar?, ¿por qué ninguna de ellas nos consideraba un enemigo cuando entrábamos en sus salas? ¿Cómo era posible que los investigadores nunca hubiesen encontrado restos humanos en los hormigueros? ¿Éramos los primeros? ¿Formábamos parte de un laboratorio de ensayo? ¿Un sitio de pruebas en donde se pudiese agrandar a las hormigas, y empequeñecer y esclavizar a las personas?

Una vez, uno de los «cautivos», se acercó demasiado a un pulgón o le molestó, éstos nunca atacan a sus cuidadores, a pesar de ello, éste le destrozó una mano. El grito, su eco que no acababa nunca hizo retumbar la sala. Fue el único momento que los demás mostraron algún sentimiento humano. Duró poco. Las hormigas son sordas, no debieron oír el grito, pero probablemente sí la vibración. Una de ellas se acercó, valoró la situación, vio que nuestro compañero era ya inservible, y de un bocado le cortó la cabeza y se llevó su cuerpo. La extremidad fue apartada con los pies por otro de nosotros.

Nuestra sala se encontraba bastante apartada del centro de actividad de la colonia. Ese día, había notado mucho movimiento fuera de nuestra cámara, cuando vi aparecer a mi ángel protector. Entró directamente en la sala, se quedó parada delante de mí. Percibí algo raro en ella.

Pensé que quería comer un poco de nuestra miel, si bien, no se acercaba al depósito, sólo me miraba. Supúse que: estaba pidiendo permiso. Me aproximé a ella para guiarla a la comida o dársela yo misma.

Pero no. Tomó mi mano, me llevó a una de las esquinas más apartadas del recinto. Me hizo sentar, puso su cabeza encima de mis piernas. ¡Qué necesidad de cariño tenía! Coloqué mi cara sobre su cuerpo y la acaricié.

El ronroneo que emitía y el cansancio, hicieron que mis ojos se cerrasen, sus sueños pasaron a ser los míos, o así lo quise creer.

«Un día, salí de la horrible fila y me subí a una rosa». Esta decisión tan deseada y por tanto planeada me llevó a lo alto de un rosál, allí entré en la más bella flor que jamás había visto. Una de color amarillo.

Désde el bórde de sus pétalos, podía observár un univérso que ántes jamás había vísto. Déntro de élla tenía água. Cuando las abéjas se acercában a cogér su pólen, atrapába la miél de sus pátas. ¡Qué buéna!

A mis piés se divisába tódo el hormiguéro, veía a mis compañéras trabajár árduamente, si bién de úna manéra póco eficiénte. Cérca, había un gran cámpo de tríguo, con sólo desviárnos un póco, bastaría pára llenár nuéstro almacén.

Las nóches, ¡ay las nóches!, qué maravílla. En el ciélo contemplába ésos púntos brillántes y un gran díscó bláncó iluminádo que yo, siémpre encerráda en el hormiguéro, jamás había contempládo.

Núnca bajé del rosál, buéno sí, úna tárde, cási de nóche, cuando vi a úna compañéra herída y perdída. La acompañé hásta la entráda de nuéstro agujéro.

Al finál fuí descubierta. Lo esperába. Dos soldádos se presentáron al pié del rosál, me ordenáron que bajára.

—Me he perdído, grité, no sé bajar.

—No es cierto, bája, te han visto abandonár el rosál y retornár a él.

Me llevaron ánte la Réina: “díjo, si fuésemos tódas las hormígas como tú, nos moriríamos de hámbré”. Recriminó que no hubiése trabajádo duránte lo más dúro de la temporáda. Por tánto merecía un castígo. Le díje: cérca hay úna gran cantidad de trígu a recolectár, con ésto podría compensár mi fálta. Había observádo a nuéstras compañéras y sabía cómo podíamos mejorár. No había escapádo pára huír del hormiguéro, síno pórque necesitába un póco de libertád. Nosótras núnca descansábamos ni jugábamos.

La Réina declaró: sómos hormígas, tal vez no tan eficiéntes como las abéjas, péro ésto no lo podremos cambiár.

—No te voy a condenár a muérte. Me han informádo que salváste a úna compañéra herída. Si bién, ahóra vas a trabajár más dúro que núnca. Y núnca jamás, volverás a salir del agujéro.

Fuí lleváda a úna sála donde hay hormígas haciéndo experiméntos, y trabajádo en colaboración con humanos»

** * **

Desperté del sueño al oír unos fuertes pasos, abrí los ojos y vi que se acercaban varias hormigas amenazantes. La primera de ellas partió a Hormiguíta en dos.

Me levanté, agarré un trozo de raíz y le pegué, pegué, y pegué a la asesina. ¡Asesina! le grité. Me abalancé sobre ella, le arranqué una antena. Se retiró, pudiendo haberme destrozado, las demás la siguieron.

¡Qué innecesario, qué crueldad! Habían matado a la única amiga que había tenido. ¿Qué había hecho ella para merecer esto?, ¿estaría relacionado con su trabajo en la sala de los humanos? ¿Habían descubierto su túnel?, o, ¿no les gustaba su amistad conmigo?

Lo que estaba claro es que ella sabía su destino, por eso vino a estar conmigo en sus últimos momentos.

Me arrodillé a su lado durante un largo tiempo. Nadie más entró en la sala.

* * *

Días después, probablemente sería de noche, cuando la intensidad del trabajo bajaba, quise

paseár, en realidad investigár. Quería estar sóla, sin guárdia, éso sí, estaría desprotegída. Pensé: si llevába el júgo dólce, quizás podría ayudár. A ésa miél, éllas no se puéden resistír. Sí, pócas véces topé con hormígas recelósas. A las que así se mostrában, les dejába chupár mis mános con ésa meláza, y me dejában pasár.

No lo voy a ocultár, me dirigí al sitio sospechóso, ése que mi amiguíta había mostrádo en su suéño. Lo había vísto únos días atrás. Estába al ládo del recinto de la Réina. Éra el lugar donde vi hormígas entrár cargándo materiál diferente del normál. Me acerqué, no había nádie vigilándo la entráda. Lo vi, éra un laboratório. Había humanos hablándo éntre sí, y hormígas trabajándo. Náda que ver con mis compañéros de reclusión. ¿Quiénes éran ésas persónas? ¿Mandában sóbre las hormígas, o como en nuéstro cáso, éran ótros esclávos, péro un póco más apreciádos?

Tropecé con algo que cayó al suélo, la hormíga más cercána me vió. Huí. Me escondí éntre mis compañéros.

Ésto me íba a costár cáro, lo sabía. Prónto apareció en la puérta úna enórme hormíga soldádo. Se acercó al grúpo. Sin dudárlo, me cogió con sus

mandíbulas, me arrojó al suelo, me sujetó con un pié, me desnudó, me cubrió y penetró durante horas.



Mis compañeros no mirában. Vomité, sangré y lloré. Al fin se fué. Traté de caminar, tropecé y caí en el pózo de miel. No podía más.

Decidí intentár huír. Con el résto de mis rópas, híce como únas bólsas y las llené de la espésa meláza. Con ésto, y tódo el que cubría mi cuérpo sería suficiénte. No intenté ir al túnel cavádo por mi amiguíta. Si lo hubiése tenído lísto, me lo habría indicádo o hubiése venído a intentár escapár.

Tomé siémpre la direcci3n más empináda. Siémpre hácia arriba. Ánte cualquier bifurcaci3n, escogía el túnel más ascendénte. De cuando en cuando, como ántes, alguna hormíga se acercába,

lamía o se frotaba en mi cuerpo cubierto de miel. Una me detuvo y comenzó a comer lo que llevaba encima. Seguí el camino alimentándola, así parecía que ella era el guardián y las otras no molestaban.

Pasé por delante de la sala de la Reina, todo tranquilo, sólo sus soldados vigilantes. No así en el laboratorio, allí detecté mucho movimiento. Me oculté entre las patas y el cuerpo de mi compañera, y continué el camino.

El ascenso se reveló durísimo. A veces me apoyaba en las patas del guía para ayudarme durante el recorrido. Pensé, con suficiente tiempo y abundante comida, hasta la podría domesticar e incluso, podría servirme de caballo.

Cruzamos una de las salas de larvas donde tantas veces había admirado el cuidado que las hormigas dan a las crías. En algún momento, al ver nacer una, había crecido en mí, el instinto maternal del cual hasta entonces había carecido.

En general, el sentido ascendente era fácil de seguir, pero duro. Algunos momentos eran casi de escalada. Cuando no podía subir por lo empinado y mi compañera ya me había abandonado, esperaba

el páso de algúna ótra y me sujetába a úna páta. Muy peligróso el recorrido en éstas circunstancias.

Al finál llegué a un sítio ámplio y pláno. Debía ser la sála de entráda, no había luz. Si éra de nóche, no habría náda pára guiárme al agujéro de salída. Comencé a ver que caía água, estába lloviéndo. Mála cósa, las hormígas lo tapanían pára evitár la inundación del agujéro. Tal vez no podría salir duránte múcho tiémpo. La cantidad de hormígas que subieron pára completár ésta labór fué increíble. Estában tan ocupádas que ni me veían.

Aproveché pára beber. ¿Cuánto tiémpo hacía que no había probádo el água de llúvia? Me acerqué a úna oquedád. Del cansáncio quedé dormída.

Un ráyo de luz iluminó mi cára. Así es que estába cerca de la entráda. ¿Me dejarían salir? No lo sé. Noté algo ráro. ¡Las hormígas se estában haciéndo más pequéñas! No, en realidad éra yo, la que me estába haciéndo más gránde. Tal vez debía ser efécto de la luz. Al agrandárme, cási no podía pasár por el agujéro, las hormígas intentában impedír mi salída. Péro yo seguía creciéndo y me zafába fácilmente de sus atáques. Al salir arranqué

y destrocé al pasár, cási tódo el cóno del volcán. Había recuperádo mi tamaño habituál. Cogí la azáda del jardín y comencé a matár hormígas y a destrozár el hormiguéro. Sólo me detúve al dárme cuénta que, allí abájo aún había séres humanos, tal vez como yo, algún día podrían escapar.

Entré en cása, me duché, salí del cuárto de báño, mi marído al vérme después de tántas semánas se quedó petrificádo. No le dejé hablár. ¡Quiéro írme y vendér ésta cása!

* * *

El siguiénte inviérno fué muy lárgo. Mi espóso me abandonó. El séxo y su preséncia ya no me apeteecía. Sólo me dedicába a planeár mi vengánza y la de mi querída amiga. Esperába con ánsia la primavéra. Ésta, como cáda año llegó.

Regresé a la antigua cása. Todavía no la habían vendído. Salté la válla. Me acerqué al jardín, allí estába el hormiguéro. En el mismo sitio del año pasádo. El agujéro y cóno ya estában reparádos. La misma lárga fíla de hormígas. Me acerqué a élla. Levanté el pié con firméza, péro lo dejé reposár suávemente a su ládo. Me desnudé. Me eché al suélo y esperé el abrázo de úna

mandíbula. No podía hacer ótra cosa. Estaba embarazada.

* * *

FIN

Por Emílio Vilaró

Agradecimiento a: Pére Coméche, Albérto Grúnwaldt y António Chávez por la lectura, conséjos y corrección de éste cuénto.

Éste documénto está disponible en formato .PDF, .ePUB y .MOBI en nuéstra página Web:

Mi blog literário.

<https://cosasdeemilio.wordpress.com>

Más de ciénto cincuenta cuéntos, relátos, ensáyos, recéatas y novélas en:

www.evifoto.eu

Comentários a:

buzon@evifoto.eu

Nóta sóbre el tildádo:

Éste escrito está tildádo, o séa: las palábras llévan la tílde (´), en el sitio donde está el acénto.

Después de miles de lectúras de óbras así escritas y leídas, podemos asegurár, que su lectúra es la normál, al leér así, no hay ninguna diferéncia de sentido o pronunciación a la habitúal.

Si deséa sabér los motivos, ¿cómo se puéde tildár de fóрма automática? Qué ventájas e inconveniéntes tiéne éste tildádo, puéde leér éste documénto:

http://www.evilfoto.eu/pagina_cuentos/cuentos_21.htm

Modificaciones a 1368:

**2020-05-20, 2020-05-21, 2020-05-22,
2020-05-23, 2020-05-26, 2020-05-27,
2020-06-06, 2020-06-27, 2020-09-30,
2020-11-21, 2020-11-22**

